



Confluendo tradición y cambio, cultura y modernidad, como la invitación a la reflexión, el director de Escuela de Postgrado de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile,

Bernardo Subercaseaux Sommerhoff, lanza "Chile ¿Un país moderno?". El libro recopila artículos con tópicos diversos como la universidad, la marginalidad, los medios de comunicación, el pasado histórico y la

democracia electrónica. Será lanzado por Alfredo Jocelyn-Holt, Delfina Guzmán y Velodia Teitelboim el próximo miércoles, a las 19 horas, en la casa central de la U. de Chile, bajo la etiqueta de Editorial Zeta.

"Yo no soy enemigo de la modernidad"

ALFONSO JORDAN

Santiago

El libro es un libro diverso y muy crítico.

—Es una recopilación de artículos partiendo de la base de mantener una reflexión crítica sobre el entorno, lo que creo que es una necesidad. No es fácil hacer pensamiento crítico. Creo que el hecho de estar en una universidad me lo permite. Si estuviera en otro trabajo quizás no lo podría hacer, porque el pensamiento crítico en un país como Chile es complicado.

—De hecho en el mismo libro usted habla del poco espacio que pueden tener las "voces discordantes" en la concepción de la modernidad.

—Yo no soy enemigo de la modernidad, sino que quiero una modernidad equilibrada.

—Humanista?

—Que tenga en cuenta que lo central en el proceso de la modernización es la persona humana. Es decir, que nosotros seamos sujetos de la modernidad más que ser objeto de ella. Es un desafío complicado, porque en general la modernidad se asume como un destino, como subyugada sobre la vida de uno. Creo que la modernidad es un proyecto más que un destino.

—¿Un proyecto de modernidad con base en qué?

—Con un sustrato cultural propio, con participación. O sea, creo que es parte de la democracia.

El iceberg.

—¿Hay también una suerte de reacción contra la autoconciencia de la supuesta modernidad del país?

—Hay una reacción un poco de piel y un poco intelectual a una suerte de chovinismo de arribismo y de autoconciencia de decir que somos un gran país. Todo eso se basa sin duda en algunas concepciones vinculadas a la modernidad. Este chovinismo no puede estar vinculado a los temas de la pobreza porque hay mucho que hacer en ese plano.

—Pero usted, en el fondo, responde la pregunta que formula el título del libro. Porque leyendo Chile ¿Un país moderno? queda claro que no lo es.

—Diría que es un país moderno en algunos aspectos, pero queda mucho que hacer. En ese sentido la autoconciencia no se justifica. Es un país con proyecto de modernización, pero que tiene muchos pechos colos. Como digo en el libro, no se trata de dar una respuesta, porque la da el tiempo y la historia, no un libro. Pero si se

trata de plantear los problemas. En el fondo, este libro es un diagnóstico.

—Que fue detonado por algo.

—El punto de arranque fue la Feria de Sevilla porque sentí que estaban clamando a un país. Hubo un llamado en la prensa para que los participantes learan rabiosos y de ojos azules, y así fue. Hubo planteamientos de que tenemos que desconocer a los filantrópicos, que tenemos que cambiar la imagen. Se intentó clonar el país. De ahí arrancan estos ensayos y yo le he seguido la pista al tema.

—Más que eso parece que hace la arqueología de la modernidad.

—Hay un parte del movimiento empresarial que recuerda todas estas convocatorias de Chile al ataque donde se hacen 1.300 inversiones, en decir esto se ha ido construyendo, no es algo hecho de la noche a la mañana.

—Para que exista modernidad usted dice que es necesario un sustrato cultural.

—Creo que Chile es un país con problemas culturales en el sentido de que el sustrato cultural demográfico es débil. Por ejemplo, en Brasil, en el norte, está todo el mundo afro-bahiano, de ahí salió el carnaval. Jorge Amado, el bamba, son, es decir, una serie de manifestaciones culturales que tiene un sustrato demográfico y que pasan de lo local a la totalidad del país. Nosotros tenemos demografías tradicionales, como los mapuches, pero no tienen ninguna significación, son totalmente aislados. En Chile, el gran sustrato cultural de modificación de la cultura han sido las utopías políticas y por lo tanto nos movemos en problemas. Es un desafío. La dimensión cultural nuestra depende o de la utopía —social o política— o de lo que haga el Estado.

—Pero usted, en definitiva, apuesta a generar un consenso más que una ruptura.

—No me cabe duda que la confluencia de la cultura, de la tradición con el cambio, más que ser enemigos deben asociarse. La cul-

tura y la civilización deben asociarse; la tradición y el cambio deben encontrar puntos de encuentro porque se fructifican ambos.

—A propósito de tradición y cambio, llaman la atención algunos contextos históricos que usted revive. Como una sociedad de mujeres de los años 20 que se dedicaba a consumir espectáculos. ¿No se parecen demasiado a actuales censores como El Poder de Chile?

—Es bastante similar esta tradición. Hay entre 1900 y 1920 un periodo de gran modernización. Hay que pensar en el automóvil, la luz eléctrica, el teléfono, el cambio en los sectores medios. Desde el punto de vista histórico, el gobierno más importante que ha marcado el siglo XX fue el de Arturo Alessandri Palma, en el sentido que abrió la comportar de los sectores medios y populares, con algo de retórica y populismo. Pero de alguna manera sale de ahí el Estado Docente, los gobiernos radicales, o sea el grueso de lo que ha sido el país en este siglo. Mirados desde hoy día parece como si hubiese algunas novelas, textos de Wilde, por ejemplo, fueran censurados.

—Pero no fue muy efectivo.

—En el fondo no sirvió para nada porque la gente fue a ver esas obras. Pero está claro que la tradición se puso en contra del cambio. Creo que la tradición debe justarse con el cambio. Para poner un ejemplo actual: no tiene sentido prohibir que vayan a clases con el pelo largo. Es algo sin destino. El pelo largo y los aretes son costumbres, creaciones sociales. Las modas cambian y no hay que ponerles etiquetas, y sobre todo, no hay que ser hipocritas cuando nuestros grandes ídolos son Zorano y el Chino Rios, todos con el pelo largo.

Tradición y cambio

—Sin embargo los sectores tradicionales han tenido una función estructurada frente al cambio.

—Yo soy un ferviente partidario de ciertos elementos tradicionales en la vida social: la familia, la vinculación de los hijos a los padres, en fin, hay muchos elementos importantes. Pero hay que defenderlos de manera diferente porque si se colocan es contra de ciertas cosas que están pasando tenemos teniendo elementos contraproducentes.

—¿Pero cómo ve el papel jugado por los conservado-

Desde la universidad

A.J./Santiago

—Es la modernidad también se inscribe en trabajo académico. ¿Cómo se inscribe la Facultad de Filosofía, que muchas veces se ve como poco rentable?

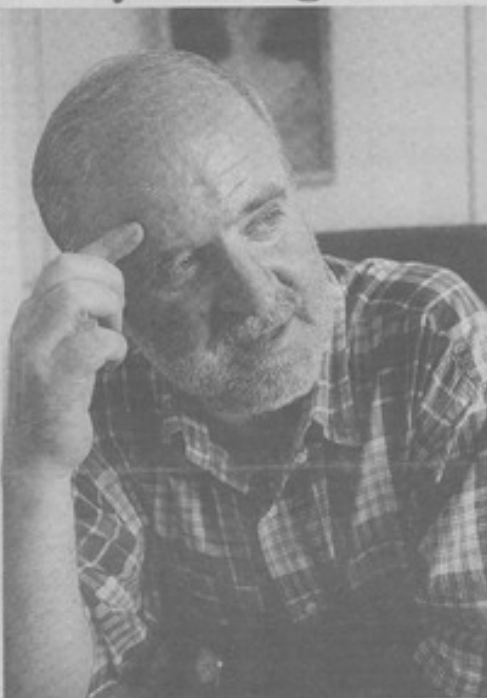
—Es que en este país tampoco ha estado planteado el tema de la universidad pública, que tiene cierta función. Como por ejemplo dar carreras como astronomía, que no va a ser nunca una carrera rentable. Toda universidad pública tiene que ser un lugar plural no confesional. Mantener la pluralidad es una valor para la democracia, para el pensamiento. Alguien tiene que mantener en el país el cultivo de algunas disciplinas que son inútiles, en el sentido pragmático, como la filosofía, la literatura, la lingüística, pero que son áreas del saber. Y alguien tiene que educar a los sectores medios o bajos.

—Pero volvemos a chocar con la modernidad en cuanto al autofinanciamiento, la falta de recursos.

—Ser una universidad pública no significa botar la pila y tiene que cumplir un rol en cuanto a conservar ciertas carreras que representan valores que son para todo el país. En todo caso, en Filosofía creo que le hacemos un gran favor a todos porque hay un sector marginal que si no es atendido puede traer un gran costo. Imagínate que si las protestas que hay cada cierto tiempo en la facultad se produjeran en el Wall Street chileno. Eso demuestra que somos sumamente rentables—, concluye riendo.

res?

—Una gran inconsecuencia... es muy importante preocuparse de los valores, de la vida humana, pero hay que ser consecuentes. No se puede ser partidario del aborto así y acá oficiar la tala de árboles. Pero tampoco se puede defender el principio de la vida humana y el derecho a la familia cuando hay que arreglar el pasado, explicar por qué cuando Jorge el Chino Rios en Surcra, por ejemplo, está lleno de chilenos la galería. ¿Por qué están ellos allí? ¿qué pasó con esas familias? Si nos preocupamos tanto por la familia, ¿no era necesario defender a esas familias? Yo creo que es bueno que existan sectores conservadores que se preocupen de los valores, pero para que esos sectores tuvieran credibilidad deberían explicarnos por qué durante esos 17 años esos mismos valores estaban en el feo.



Bernardo Subercaseaux: "Creo que la modernidad es un proyecto más que un destino"

"Yo no soy enemigo de la modernidad" [entrevista] [artículo] : Alejandro Jiménez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Jiménez E., Alejandro

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Yo no soy enemigo de la modernidad" [entrevista] [artículo] : Alejandro Jiménez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile